

dades del espacio, hizo barruntar la existencia de otros, y despertó el deseo de calcular sus elementos; los gigantescos soles son estrellas de constelaciones inmensas, y la imperceptible nebulosa aparece como archipiélago de mundos ante los ojos del astrónomo extasiado, y nunca los navegantes de lo infinito lograron llegar á las columnas, más allá de las cuales está vedado al hombre dirigir el curso de sus investigaciones científicas; y si de los cielos bajamos á la tierra, si del mundo infinitamente grande, pasamos al infinitamente pequeño, veremos al hombre empeñado en conocerlo con el mismo afán, y obligado á confesar su ignorancia con las mismas decepciones. Cada día brotan del seno de la tierra indescifrables enigmas, como cada día el labrador que hunde su arado en los solitarios campos donde en otros tiempos se alzaron ciudades famosas, descubre jeroglíficos y medallas que reforman con sus datos las narraciones de la Historia; la vida se fracciona y se divide en maravillosos organismos, para quienes una gota de rocío es habitación tan holgada como el Océano para el cetáceo desmesurado, y nunca la inteligencia plegó sus alas, ni se confesó vencida, ni hubo sabio que al tiempo de morir no pudiese repetir la exclamación de Goethe: ¡Luz, luz!

Lo que sucede á la inteligencia, vése repetido

en el corazón, constantemente atormentado por insaciables deseos. Lienadle, si queréis, de todos los amores, y dejadle que apure la copa de todos los placeres; hacedle vivir enamorado de su familia, con la ternura de la más cariñosa de las madres; poned en él el patriotismo de un romano y la caridad de un santo, y si, después de haberlo henchido de las más castas emociones, os llegáis á él para auscultarlo, os convenceréis de vuestra impotencia y del insondable abismo que llevamos en el pecho, y de cómo el corazón está hecho á la medida de la inteligencia. Y si estos nobilísimos amores no bastan á satisfacerlo, ¿qué será cuando ese corazón se inflame con el fuego de las pasiones, y busque en la posesión de los honores y de las riquezas su paz y su descanso?

Hubo en Jerusalén un monarca opulento mimado de la fortuna; su sabiduría quedó en proverbio, y sus palacios no tuvieron semejante; *allegó el oro cual si fuera estaño y la plata como plomo*¹; nada negó á sus ojos que sus ojos desearan, ni hubo deleite que no gustase, ni regalo que no fuese suyo; de lejos volvían sus naves cargadas de riquezas, y le ofrecían los reyes presentes de piedras preciosas y pájaros de vistosas plumas; sentado en trono de marfil, recibía brillantes em-

¹ Eccli., XLVII, 20.

bajadas, y como oráculo dictaba sus sentencias, y sin embargo, cuando fué llegado el tiempo de que su corazón hablase, para enseñanza de las gentes, dejó escritas estas palabras memorables: *Vanidad de vanidades y todo es vanidad y aflicción de espíritu*¹.

Elocuentemente describió los misterios del corazón humano San Agustín, que si buscó como Salomón en los placeres terrenales el descanso de su alma, como él tuvo que confesar sus desencantos, y recorriendo todas las criaturas, por ver si alguna de ellas apagaba la sed de felicidad que le abrasaba, todas á una voz le respondieron que era más grande el objeto de sus querencias, y que hasta que á él no llegase, en vano se afanaba buscando el sosiego que la naturaleza entera, con todas sus maravillas, era incapaz de darle. No lo encontró en la belleza corporal, ni en la bondad transitoria, ni en la luz á los ojos agradable; no en la gustosa fragancia de las flores, ni en la dulzura de la miel, ni en las suaves melodías de la música; la tierra y el mar se lo negaron; el aire y las aves que lo cruzan le respondieron que estaba más arriba; los astros centelleantes confesaron su impotencia, hasta que al fin, remontándose sobre toda la naturaleza y so-

¹ Eccle. I, 2, 14.

bre todos los espíritus, llevado en alas de la contemplación, llegóse al trono de Dios, y allí encontró lo que buscaba. Resplandeció en su interior una luz que no ocupa lugar; percibió un sonido que no lo arrebató el tiempo; sintió una fragancia que no la esparce el aire; saboreó un manjar que nunca se consume, y comenzó á poseer un bien que nunca se deja por fastidio¹. « Mi corazón, exclamaba, ha estado inquieto hasta descansar en Vos. Solo Vos le habéis dado la paz, porque sois mi Dios, y en Vos se encuentra la satisfacción eterna. »

Así, señores, llevamos en nuestra propia naturaleza los presentimientos de nuestro fin, y ese es el sello con que Dios ha marcado la obra maestra de su poder; esas son las voces elocuentes con que la razón confirma las enseñanzas de la fe, y esas las esperanzas que nos hacen despreciar los males de la vida, y todo lo que es como ellos mudable y pasajero. Admitida la inmortalidad del alma, ningún sistema religioso, ninguna escuela filosófica ha desarrollado las consecuencias que se siguen de la supervivencia de los espíritus, de una manera tan completa y al mismo tiempo tan racional, como el Cristianismo; nadie ha sabido establecer el orden moral sobre base tan sólida,

¹ Confesiones, lib. X, c. VI.

ni ha explicado mejor las chocantes anomalías que se observan en el mundo, donde la Providencia de Dios, respetando la libertad humana, tiene que consentir muchas veces el triunfo del mal y la opresión del bien, la injusticia y la tiranía, el error y el vicio, la persecución de la virtud y la prosperidad de sus perseguidores. La vida futura es para nosotros el reinado de la justicia, el restablecimiento del orden, la recompensa indefectible de los buenos y el castigo perdurable de los malos, la luz que aclara el caos de la Historia y la clave que descifra todos sus enigmas. Dios es paciente, tolera el pecado, permite que los inocentes sean castigados, les deja llegar hasta la muerte ultrajados y desconocidos, porque Dios es eterno, porque esta vida no es la vida verdadera, porque *no tenemos aquí ciudad permanente, sino que vamos en busca de la futura*¹.

Poner la mano en este dogma para desnaturalizarlo, es lo mismo que trastornar las leyes por que se rige el mundo de las almas, y negarlo vale tanto como arrancar al corazón sus más caras esperanzas. « Quien en este mundo de angustia y de pecado combate por la verdad moral, es seguramente más fuerte cuando cree que, pronto ó tarde, se apoderará de su ser una visión de feli-

¹ Hebr.. XIII, 14.

cidad y de paz, del mismo modo que quien trabaja en la cumbre de una montaña, persevera con más valor en su tarea, cuando más allá de las nieves y de las rocas ve humear el hogar de su descanso¹.» Así, la madre de los Macabeos, alentando á sus hijos al martirio, decía á uno de ellos: *Ruégote, hijo mío, que mires el cielo y la tierra y todas las cosas que están en ellos, y que entiendas que Dios lo hizo todo de nada, y del mismo modo el linaje de los hombres. Y así se hará que no temas á este verdugo; mas antes recibas la muerte hecho digno de tus hermanos, para que con ellos yo te reciba en aquella misericordia*².

Los que ya no creen en la existencia de la otra vida, tienen necesidad de buscar en esta el Paraíso; cruzan como Israel el desierto, sin acertar á fijar sus tiendas; el tedio les consume; todos los placeres acaban por fastidiarles, y, abandonados á sí mismos, sin profeta que les guíe, cuando piensan estar cerca de la felicidad, la encuentran defendida por dificultades más terribles que la espada de fuego del Querubín puesto por Dios en la puerta del Edén. ¿Qué sería de la humanidad sin la esperanza del cielo? ¿A qué catástrofes nos conduciría el convencimiento de nuestra desgracia? Si nos comparamos con los animales, son

¹ Huxley, cit. por Duilhé, *Apol. scient.* p. 445.

² II Mach. VII, 28, 29.

más felices que nosotros: no tienen penas por lo pasado, ni el cuidado de lo porvenir; el instinto nunca les engaña, ni sus placeres les causan remordimiento; no les atormenta la duda, ni el temor, ni el deseo, y la muerte de sus semejantes no les hace derramar lágrimas. Una pradera fecunda es para ellos un jardín de delicias: la hierba crece debajo de sus pies, sin que se hayan tomado el trabajo de sembrarla; el arroyuelo que serpentea por el valle, les ofrece una bebida deliciosa; nacen amaestrados para luchar por la existencia, y la naturaleza les provee de vestido y de defensa. Ellos serían los reyes de la Creación, si el hombre no tuviese otro destino que el dolor y el sufrimiento. Pero cuando Dios nos convida á la Páscoa interminable de la gloria; cuando sentimos alentar en nosotros un espíritu inmortal, capaz de conocer á Dios y de amarle, llamado con vocación divina á la posesión de un reino que nunca tendrá fin, entonces el dolor se transfigura, los quebrantos del corazón son fugaces meteoros que no pueden eclipsar el sol de nuestra dicha, el mundo es pequeño para satisfacer nuestras legítimas ambiciones.

Mas ¿cómo podrá una inteligencia finita conocer á Dios como es? ¿Qué pupila podrá resistir los resplandores de la verdad absoluta, ni en qué corazón cabrá sin que se rompa, el amor del

Sumo Bien? Si los pálidos reflejos de la belleza soberana hacen enloquecer á los mortales, ¿qué será contemplar al arquetipo de todas las hermosuras, y tener delante de los ojos al ideal supremo de todas las bellezas? *Gracia de Dios es la vida eterna*¹, y solo Dios puede levantar á las almas de la miseria y del polvo, para colocarlas entre los príncipes de su pueblo²; obra exclusivamente suya es la glorificación del hombre³, y Él, que iluminó nuestra frente con la lumbre de su rostro⁴, sabrá dilatar nuestras pupilas y ensanchar el corazón para que, sin destruir nuestra naturaleza, pero elevándola á un orden sobrenatural, bebamos en el torrente de sus delicias, y con su misma luz le veamos⁵.

Ahora conocemos á Dios por la fe, de Él nos habla la naturaleza; en cada una de sus criaturas dejó estampada la huella de su poder; los cielos publican su gloria, y el mar su inmensidad; con caracteres de fuego escribió su nombre en el firmamento, y eco de su voz es el rumor de las tempestades; las galas con que se visten los campos son despojos de sus celestes atavíos, y polvo de sus pies la muchedumbre de las estre-

1 Rom. VI, 23.

2 Psalm. CXII, 7, 8.

3 *Summa Theol.* I, q. XII, a. 2.

4 Psalm. IV, 7.

5 Ibid. XXXV, 9.

llas. *Ahora le vemos como en espejo y en enigma: entonces le veremos cara á cara. Ahora le conozco en parte, más entonces como yo soy conocido*¹.

Vamos á Dios guiados por la esperanza: la voz de sus profetas nos mantiene, *nos hemos alegrado en lo que ellos nos han dicho: iremos á la casa del Señor*²; contamos los días de nuestro destierro, y no nos atrevemos á entonar el cántico de nuestra libertad, mientras vivamos en tierra extraña. El temor de perderle es el único temor que nos espanta; con el arma siempre al brazo peleamos sus batallas, y no hay dificultad que nos arredre, si venciéndola nos acercamos á Él. Entonces le poseeremos, será para siempre nuestro, moraremos en su mismo Tabernáculo, y por los siglos de los siglos entonaremos sus divinas alabanzas.

Amamos á Dios por la caridad, pero ¡cuán fríos son nuestros amores comparados con su bondad! ¡Qué pobrementemente correspondemos á sus finezas, y qué escasos son los dones que podemos ofrecerle! Las almas privilegiadas que se sintieron inflamadas por la centella del amor divino, llamaron en sus cantares á la muerte, por no poder vivir ausentes de su patria y lejos de su amado; corrieron en pos de la fragancia de sus aro-

¹ I Cor., XIII, 12.

² Psalm. CXXI.

mas, y de virtud en virtud fueron ascendiendo hasta llegar al heroísmo de la santidad, mas nunca se dieron por satisfechas, y todas á una voz repitieron las palabras del Profeta: *Me saciaré cuando aparecerá tu gloria*¹. Entonces la caridad será perpetua, y el que venciére se sentará con Dios en su trono, y saboreará el maná escondido², encontrará al objeto de sus amores, y le poseerá para no dejarlo nunca³; apagará su sed en las fuentes de la vida, y acompañará al Cordero en sus interminables bodas.

El premio de las virtudes será el mismo que las dió é hizo promesa de ser el galardón de ellas. La fe será pagada con la visión beatífica; la esperanza con la posesión inamisible, y la caridad con el amor eterno. De estos manantiales brotan todas las delicias de los bienaventurados, y de estos ríos salen las aguas que riegan el Paraíso; porque, «allí habrá salud sin enfermedad, libertad sin servidumbre, hermosura sin fealdad, inmortalidad sin corrupción, abundancia sin necesidad, sosiego sin turbación, seguridad sin temor, conocimiento sin error, hartura sin hastío, alegría sin tristeza, y honra sin contradicción. Allí será, dice San Agustín, verdadera la gloria,

¹ Psalm., XVI, 15.

² Apoc., II, 17.

³ Cant., III, 4.

donde ninguno será alabado por error ni por lisonja. Allí será verdadera la honra, la cual ni se negará al que la mereciere, ni se dará á quien no la mereciere. Allí será verdadera la paz, donde ni de sí ni de otro será el hombre molestado... Allí el lugar es ancho, hermoso, resplandeciente y seguro; la compañía muy buena y agradable; el tiempo de una manera, no ya distinto en tarde y mañana, sino continuado con una simple eternidad. Allí habrá perpetuo verano, que con el frescor y aire del Espíritu Santo, siempre florece. Allí todos se alegran, todos cantan, y todos siempre alaban á aquel Sumo dador de todo, por cuya largueza viven y reinan en su gloria ¹.

Si los grandes espectáculos de la naturaleza nos arrebatan, ¿qué será conocer al Señor de ella? Si la serenidad del cielo tachonado de estrellas eleva nuestro espíritu, ¿qué será contemplar á Aquel que tiene suspendida de sus manos la tienda de la noche, y alumbró su pabellón con lámparas de oro? ¿Qué serán los palacios del Rey Todopoderoso, que dió espumas á la mar, murmullos á los torrentes y transparencia á los arroyos; que viste á los lirios del campo con más lujo que se vestía Salomón en los días de su

¹ Fr. Luis de Granada, *Lib. de la oración y meditación*, cap. XV.

grandeza, y cruza los espacios en carroza de serafines?

Mejor es, señores, enmudecer y confesarnos oprimidos por la pesadumbre de su gloria; mejor es adorar en silencio sus bondades y disponernos á la conquista de su reino, que no es fácil el camino, ni son llanas las avenidas que á él conducen. *El reino de los cielos padece violencia y los valientes lo arrebatan* ¹, y es preciso que nos mantengamos firmes en la fe, perseverantes en la virtud, invencibles en la tentación, sumisos á los mandamientos de Dios, obedientes á la voz de su Iglesia; es preciso, que con las manos llenas de buenas obras, vayamos á recibir el premio y la corona, que no se dan sino á quien *legítimamente pelear* ².

He llegado, señores, con la ayuda de Dios, al término de mi trabajo; pobre como es, ha merecido de vosotros una atención que nunca olvidaré, y que muy bien demuestra la docilidad con que respondéis á los llamamientos del Prelado venerable que instituyó estas Conferencias, y el interés que en vosotros despierta cuanto se relaciona con la fe. Ya lo habéis visto: ningún temor

¹ Matth. XI, 12.

² II Tim., II, 5.

deben causarnos los adelantos de la Ciencia; antes por el contrario, firmes en nuestras creencias, los aplaudimos cuando son de buena ley, y de ellos nos servimos para demostrar la sinrazón con que se nos ataca, y la vanidad de los antagonismos que se quieren suponer, entre la doctrina revelada y los conocimientos naturales. Es cierto que la Religión no ha necesitado, para propagarse, del auxilio de la Ciencia, pero sería inferirla el más grave de los ultrajes, decir que solo puede conservarse en el seno de la ignorancia.

Antes de bajar las gradas de esta cátedra, desde donde os he dirigido la palabra, permitidme que en acción de gracias, eleve á Dios la sentida plegaria con que cerró Kepler sus obras astronómicas.

« ¡Oh, Tú, que por los resplandores con que has iluminado la naturaleza, elevas nuestros deseos á la luz divina de tu gracia, para que un día seamos transportados á la luz eterna de tu gloria! Yo te doy gracias, Señor y Creador de todas las cosas, por el gozo que he experimentado en los éxtasis á que me condujo la contemplación de la obra de tus manos. He compuesto un libro que contiene la suma de mis trabajos, para proclamar delante de los hombres la grandeza de tu poder. ¿ Me habré dejado llevar de las seducciones de la presunción, en presencia de las bellezas admira-

bles de tus obras? En cuanto los límites de mi espíritu me han permitido abarcar la extensión infinita, me he esforzado en conocerlas lo mejor que pude. Si alguna cosa se me ha escapado que sea indigna de Ti, házmela conocer, para que pueda horrarla. »

FIN